

SUSANA MARTÍN BELMONTE<sup>1</sup>

# El poder financiero. Una guía política

*En unos momentos en los que el sistema monetario y financiero (SMF) ha decepcionado como nunca a la sociedad, la discusión al respecto no pasa de la superficie. Se discuten algunos de sus aspectos periféricos, como su regulación, pero no sus pilares fundamentales. No se cuestiona el mero concepto de comprar el acceso al dinero. Esta legitimidad inmerecida es el principal activo de un poder financiero que no conoce límites. Los ciudadanos hemos hecho nuestra esta lógica de traficar con el dinero como si fuera un producto y pagar por ello intereses o rescates. El artículo propone cómo salir de esta lógica mediante la soberanía financiera ciudadana para poner el dinero y el crédito al servicio de la sociedad.*

**P**arecemos olvidar que el triunfo del keynesianismo, que cambió el mundo el siglo pasado, se basaba en una transformación del SMF de su época, alterando la oferta monetaria de forma artificial para modificar el tipo de interés.<sup>2</sup> La posibilidad de cambiar el SMF para darle un giro a la realidad está igual de viva hoy, pues aunque la soberanía en teoría recae sobre el pueblo, a estas alturas nadie duda de que, en realidad, el único poder efectivo en el mundo es el poder financiero y, como es lógico, su morfología esencial es un aspecto clave.

Susana Martín  
Belmonte  
es economista

## Razones para cuestionar el SMF

En primer lugar, las consecuencias del tipo de interés. Hay algo de lo que poca gente es consciente, y es que todo el dinero que se pone en circulación lo hace como crédito a interés. Veamos con un ejemplo lo que esto significa.

---

<sup>1</sup> Es autora de *Nada está perdido. Un sistema monetario y financiero alternativo y sano*, Icaria, Barcelona, 2012.

<sup>2</sup> J. M. Keynes [1936], *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, capítulo 17, «Las propiedades esenciales del interés y el dinero», Ediciones Aosta, Madrid, 1998.

Imaginemos que entre todos los miembros de una economía se toman prestadas 100 unidades monetarias para que el sistema productivo funcione. Si el tipo de interés medio de todos esos préstamos fuera el 10%, al año siguiente, toda la economía deberá al sistema bancario 110 unidades monetarias. Sin embargo, sólo existen 100 unidades monetarias, que son las que se han creado por medio de los préstamos. Es decir, lo que esto significa es que la deuda financiera es siempre mayor que el dinero disponible para pagarla. Individualmente algunos podemos devolver los préstamos, pero colectivamente no podemos. Es imposible.<sup>3</sup>

Las implicaciones de este tipo de organización hunden sus raíces hasta el mismo núcleo del sistema económico. Al aceptar la vigencia del SMF actual estamos aceptando una organización social que nos obliga a competir entre nosotros por el capital financiero porque, por definición, nunca hay suficiente. La huida hacia adelante de esta situación consiste en pedir más préstamos. Al año siguiente, en lugar de pedir 100, entre toda la economía podemos tomar prestadas 110 unidades monetarias, con las cuales se paga el principal y los intereses de todos los préstamos anteriores. Y así podemos seguir un año tras otro. La única condición para que esa táctica se sostenga es que cada año deben fluir nuevos préstamos hacia el sistema económico. La sociedad está en permanente necesidad de seducir al dinero para sobrevivir. La política monetaria de Keynes habilitó ese flujo constante de crédito, pero no del todo.

Un buen día ese flujo de crédito se detiene porque la capacidad de endeudamiento del Estado ha tocado fondo, porque las expectativas de beneficio se diluyen, los precios de los activos alcanzan cotas excesivas... (al fin y al cabo, la revalorización de los activos y las expectativas de beneficio son las únicas razones por las que el crédito llega al sistema económico, también por un principio intrínseco al SMF actual). Así que, cuando el flujo de crédito cesa, se pone de manifiesto la aritmética que hay detrás de este esquema: no hay suficiente dinero para pagar la deuda. De modo que el sistema entra en crisis. Las garantías de pago de algunos de esos créditos se ejecutan, los más débiles lo pierden todo y la riqueza se concentra.

La única manera de mantener este juego es que el PIB crezca al mismo ritmo que marca el precio del dinero, así nunca dejará de fluir crédito al sistema. Es decir, estamos obligados a que el sistema económico crezca constantemente. No hay ningún sistema natural que crezca al ritmo de un tipo de interés compuesto, aunque sea tan reducido como un 3% anual. Bajo esta óptica, podemos ver que el consumismo y la obsolescencia programada no son tendencias naturales en el ser humano, sino que responden a la ecuación que genera este imperativo de crecimiento sin fin.

---

<sup>3</sup> Para ilustrar este punto, véase la conferencia de Jem Bendell en TED Transmedia (accesible en [www.nadaestaperdido.info](http://www.nadaestaperdido.info)).

Por otro lado, este esquema genera una sociedad de ganadores y perdedores. Por definición, no hay dinero suficiente para que todos puedan devolver sus créditos a la banca, y dado que el dinero no se puede sacar de ningún otro sitio porque es un monopolio del Estado, entonces el sistema genera perdedores por su propio diseño. Es interesante observar que el mercado como forma de organización no tiene estas características. En el mercado existe la posibilidad de que todos salgan ganando. La especialización y la división del trabajo pueden conseguir que esto ocurra. Pero en el SMF actual ocurre todo lo contrario: es seguro que alguien sale perdiendo. Si juntamos la economía de mercado con el SMF actual, lo que tenemos es el capitalismo.

La segunda razón para cuestionar el SMF actual responde a un criterio técnico. Y es que resulta que no solo es inaceptable que el dinero tenga precio, por todo lo que hemos visto. Además el dinero no reúne los requisitos necesarios para ser traficado en un mercado. El mercado exige algo que se llama *responsabilidad individual*. Y desde el momento en que las instituciones financieras son demasiado grandes para fallar y deben ser rescatadas por el sector público, esa responsabilidad no existe. El hecho de que en los mercados financieros las ganancias se privatizan y las pérdidas se socializan no solo es injusto, significa que la mano invisible no existe. Además, la crisis actual está llevando a una concentración bancaria creciente, con lo cual este fenómeno, lejos de disiparse, lo que está haciendo es acentuarse. En todo caso, esto es solo otra confirmación más de un fenómeno ya conocido. Hyman Minsky demostró en 1974, con su hipótesis de la inestabilidad inherente, que los mercados financieros tienden al desequilibrio y no al equilibrio. La conclusión es simple. Si en el mercado financiero no hay responsabilidad individual, el riesgo financiero es público.

La tercera razón también tiene un carácter técnico, y es que el diseño del SMF es obsoleto. Hemos visto que sobre cada unidad monetaria que hay en circulación hay una deuda financiera de quien pidió el préstamo y que además esa deuda es mayor que la unidad, a causa de los intereses. Pero lo que no hemos explicado aún es que esa misma unidad monetaria está respaldada por otro pasivo, un pasivo no exigible del sector generador de dinero. Esto parte del antiguo sistema monetario. Antes de 1971, la unidad monetaria estaba respaldada por algo real, el oro, que estaba depositado en algún banco central. Al abandonarse el patrón oro, ese respaldo real desaparece y queda un vacío. En lugar de abordar un replanteamiento del sistema monetario internacional en su conjunto, a ese vacío se le llama pasivo no exigible, y todo queda igual. El continuismo es lo único que parece dar sentido a esta extraña estructura y no es precisamente un criterio muy científico.

La tecnología actual también nos aporta razones para cuestionar el SMF. Ahora, una gran parte de la masa monetaria es digital. El dinero digital nos facilita nuevas posibilidades. Por ejemplo, uno de los retos de eliminar el tipo de interés consiste en crear un nuevo mecanismo de transmisión monetaria que sustituya a los mercados financieros como método de

asignación de los recursos. El dinero digital dispone de una riqueza informativa que nos permitiría por ejemplo, financiar solamente la actividad productiva, y no financiar la actividad especulativa en absoluto.<sup>4</sup> Posibilidades como esta están disponibles ahora, y sin embargo, seguimos funcionando como si no existieran.

Por último, pero no menos importante, el SMF nos cuesta una fortuna. No se trata solo de los rescates y ayudas que recibe en estos momentos. En EEUU, por ejemplo, el porcentaje de los beneficios empresariales que el sector financiero absorbió en la década de los años 50 fue de un 10%. Ese porcentaje ha ido creciendo hasta que en la primera mitad de la década de 2000 llegó al 37%.<sup>5</sup>

## El poder

La importancia de cuestionar el SMF radica en que, en algún momento del siglo XX, el poder se volvió financiero. El propietario de los medios de producción es ya un subordinado más del gran capital financiero. El poder financiero tiene total autonomía porque tiene la capacidad de llevar la plusvalía allí donde mejor puede apropiarse de ella.<sup>6</sup> Bertrand Russell dijo una vez: «La economía como ciencia es irreal, y tomada como una guía práctica resulta ser algo engañosa. Es un elemento, muy importante, de una disciplina más amplia, la ciencia del poder».<sup>7</sup> Estudiemos la economía como subapartado de la ciencia del poder.

El poder financiero se materializa en su capacidad para determinar la distribución de la renta. La producción de bienes y servicios genera relaciones de poder que determinan la distribución de la renta y esas relaciones están definidas por varios factores. La libre competencia actúa a favor del consumidor. Los sindicatos actúan a favor del trabajador y el capital actúa en su propio beneficio.

La crisis de 1929 demostró que el capital tenía tal poder sobre los demás factores que el sistema tendía al colapso, algo que ya había augurado Marx. Fue entonces cuando los planteamientos de Keynes triunfaron y se impuso la necesidad de redistribuir la renta hacia los más desfavorecidos. El Estado adquirió entonces una nueva entidad económica con esa misión.

---

<sup>4</sup> El dinero como capital es como denomina Schumpeter el dinero destinado a financiar la actividad productiva, la economía real. M. Messori, «Credit and Money in Schumpeter's Theory», 2002.

<sup>5</sup> B. Friedman, «The Failure of the Economy & The Economists», *The New York Review of Books*, 2009.

<sup>6</sup> M. Buesa, «Elementos institucionales en la oligopolización de los mercados», *Estudios sobre consumo*, núm. 11, 1987.

<sup>7</sup> G. Matías Clavero, «Aproximación al estudio del poder y aplicaciones al proceso de integración europea: una perspectiva económica», Tesis doctoral, 1992.

Pero en un mundo globalizado, donde la producción puede deslocalizarse manteniendo invariables las cuotas del mercado de consumo, el poder sindical ha sido de facto aniquilado al igual que el poder de los Estados nacionales para recaudar impuestos y redistribuir la renta. Estos factores han sido abolidos por una máxima: hay que abrir las economías a los mercados exteriores porque la competencia es siempre buena. En realidad, la competencia es buena en la medida en que conduce a la excelencia, y en la actualidad podemos encontrar innumerables casos de competencia por salarios de miseria y regulaciones sociales y medioambientales que desprotegen al trabajador y al ecosistema. Este tipo de competencia, más que excelencia, propicia lo contrario. Tiende a trasladar a nivel global las peores condiciones de producción que se den en el planeta, pues con frecuencia son las que más capitales atraen. Y sin embargo, por contradictorio que parezca, la globalización no nos está llevando a un mayor grado de competencia, sino todo lo contrario.

La libre competencia debería trasladar las mejoras de la productividad a reducciones en los precios, para beneficio del consumidor. Sin embargo, la competencia cada vez es menos libre, debido a la existencia de determinados agentes con una enorme afluencia de recursos monetarios que usan para exterminar a sus competidores o absorberlos. La falta de un respaldo real en la moneda que limite la oferta monetaria es un factor que contribuye a ello. Otro es la financiarización,<sup>8</sup> o lo que es lo mismo, la capacidad de empresas transnacionales de crear dinero financiero a base de pagar con acciones que ellas mismas emiten para adquirir otras empresas y expandirse. La característica común a dichos agentes es la capacidad de generar recursos monetarios a base de soportar pasivos no exigibles. Se trata de las instituciones financieras, que emiten dinero con cargo al pasivo no exigible que respalda al dinero, y las empresas transnacionales, que emiten acciones que usan como dinero, con el respaldo del pasivo no exigible de su capital. La morfología del SMF se nos revela aquí como elemento central. La utilidad del pasivo no exigible, como respaldo de la moneda cobra de pronto todo su sentido como herramienta de poder.

La capacidad de generar dinero de la nada, por parte de determinados agentes, también afecta a la estructura de precios y al acceso a los recursos. No hay más que ver lo que ha ocurrido en el mercado inmobiliario, y en nuestro acceso a la vivienda, como consecuencia del exceso y la falta de financiación que ha experimentado ese mercado desde el año 2001.

Es decir, esta prerrogativa tiene una importancia de más largo alcance, hasta el punto de que la misma globalización es consecuencia de ella. Quizá una pequeña historia nos ayude a plasmar la idea. George Leight Mallory fue un montañero británico que se pasó la vida (y murió) intentando escalar el monte Everest, la montaña más alta del mundo. En una

---

<sup>8</sup> Ó. Carpintero, «El poder financiero de los grandes grupos empresariales. Los nuevos *creadores de dinero*», F. Aguilera y J. M. Naredo (eds.), *Economía, poder y megaproyectos*, Fundación César Manrique, Lanzarote, 2009, pp. 79-123.

de sus muchas giras de recaudación de fondos para sus expediciones, alguien le preguntó que por qué tenía que subir al Everest. Él se limitó a contestar: «Porque está ahí». La mera existencia de algunas cosas puede transformar la vida de personas que han nacido en el otro lado del mundo. Con el dinero pasa lo mismo. En determinadas cantidades, el dinero que se pueda invertir en cualquier punto del mercado nos afecta a todos y cada uno de los que participamos en él.

Por lo tanto, el poder financiero determina la distribución de la renta en los procesos económicos. Lo hace de forma directa, por su capacidad de decidir qué procesos productivos se financian, cómo se llevan a cabo y quién los dirige. También lo hace de forma indirecta, como factor que recorta la competencia, altera la estructura de precios y las condiciones de acceso a los recursos, provoca crisis financieras que ahogan a la economía real, obliga a competir en condiciones desleales y, por último, financia los partidos políticos, las universidades y los Gobiernos, siempre que se comporten de acuerdo a sus intereses. La capacidad de generar recursos monetarios determina quién compra las empresas más rentables, quién va a tener acceso a los recursos estratégicos, quién contrata a las personas con más talento y al servicio de qué se aplica este talento. El dinero es la energía de la sociedad y el poder financiero la gestiona.

Estamos hartos de oír hablar del poder de los mercados, como si el poder financiero estuviera implícito en el concepto del mercado. Pero el mercado es sólo una forma de colaboración humana que ha existido durante miles de años. En sí mismo no tiene poder alguno. El poder financiero no está conformado por el mercado. Al contrario, el poder financiero usurpa el concepto del mercado. Tampoco se trata de quiénes sean las personas a las que beneficia en un momento dado. El poder financiero es una lógica, la lógica de una organización monetaria en la que aceptamos competir entre nosotros por una moneda que se diseña deliberadamente escasa (en relación a la deuda financiera con la que se pone en circulación). Aceptamos competir entre nosotros para retribuir al capital financiero, un capital que hoy está compuesto por ceros y unos, y que se crea con el esfuerzo de pulsar una tecla.

La lógica del capital financiero está basada, en primer lugar, en la estructura de pasivos exigibles y no exigibles que da forma al SMF. En segundo lugar, en la creación monetaria como crédito a interés, en el hecho de que haya que pagar por acceder al dinero. En tercer lugar, en la finalidad del crédito, que en la actualidad puede ser cualquiera, incluyendo la especulativa, con tal de que retribuya al capital financiero. En cuarto lugar, en las condiciones del crédito que, en la actualidad, se basan sobre todo en la posesión de activos líquidos. Y en quinto lugar, en definir las condiciones de colaboración con otras economías: con qué economías competimos, con qué productos y cómo se forman los tipos de cambio. Todos estos criterios son los que definen las relaciones de dominación que se atribuyen erróneamente al mercado.

Compartir moneda significa aceptar estas reglas de juego que determinan cómo es la colaboración en el mercado. Los criterios que conforman la lógica financiera definen cuáles van a ser las condiciones de esa colaboración. Condiciones ahora mismo innegociables para los humanos. Nuestra capacidad de negociación está limitada por el monopolio del Estado en la emisión de la moneda, que nos obliga a aceptar las condiciones que las instituciones financieras quieran imponer en este terreno.

---

Una posibilidad de alternativa a la lógica financiera actual perseguiría el pleno empleo por medio de la reducción de la jornada laboral, en lugar de apoyarse en el crecimiento constante del sistema económico

---

## Nuevas oportunidades

Sin embargo, las circunstancias actuales nos abren nuevas oportunidades que hasta hace poco no existían. La evolución de la tecnología en general, y la del dinero en particular, ha cambiado las premisas de nuestros modelos económicos. Un sistema de dinero digital no respaldado por oro no es otra cosa que un sistema de colaboración en línea, un servicio tecnológico con efecto red.

El efecto red se da cuando un servicio es tanto más valioso cuantos más usuarios tiene. Por ejemplo, si una sola persona tiene teléfono, no vale para nada; pero si un 10% de la población lo usa, entonces empieza a tener utilidad. Y cuando lo tiene toda la población, entonces es muy valioso como medio de comunicación. Las redes sociales en internet también tienen ese efecto. En la web 2.0., un servicio es valioso para un usuario porque muchos otros usuarios lo utilizan y contribuyen a él. El dinero en esencia sigue este esquema. El euro es competente como moneda porque muchas personas producen y consumen con él. No son los bancos los que dan valor al dinero, somos las personas, a nivel individual y colectivo, las que creamos los bienes y servicios que se pueden comprar con él. Cada persona por usar una moneda la hace más valiosa y eso debería dar a esa persona el derecho de negociar las condiciones de su colaboración en el mercado. Estamos definiendo un nuevo tipo de derecho derivado del uso de una moneda.

Lo que caracteriza el momento actual, tras la evolución que ha sufrido la tecnología del sistema monetario, es que el dinero técnicamente tiene ya las características de un servicio de la Web 2.0, y existe la posibilidad teórica de ejercer los derechos que los ciudadanos tenemos como usuarios de una moneda, en la misma medida en que existe la posibilidad de pertenecer a una red social en internet, pues el dinero es un servicio muy similar.

## Soberanía financiera ciudadana

Tener los derechos derivados del uso de una moneda es lo que hemos denominado soberanía financiera ciudadana y nos daría la posibilidad de salir de esta lógica que pone a la sociedad al servicio de los fabricantes del dinero y adoptar una nueva, en la que el dinero y el crédito estén al servicio de la sociedad.

Como ejemplo, plantearemos a continuación una posibilidad de alternativa a la lógica financiera actual. Se trataría de un modelo económico basado en una economía de mercado y en la iniciativa privada, cuyo motor evolutivo perseguiría el pleno empleo por medio de la reducción de la jornada laboral, en lugar de apoyarse en el crecimiento constante del sistema económico. Se basa en la posibilidad de que existan ciudadanos que estén de acuerdo en renunciar al cobro del interés, a cambio de no pagarlo, y de que existan productores que deseen realizar su actividad productiva con dinero gratuito, a cambio de someter su actividad al control social del crédito.

Este nuevo modelo exige un nuevo SMF del cual podamos extraer el poder financiero, aislarlo para poder hacerlo objeto de elección por parte del público. Por lo tanto, tendría dos elementos: un nuevo SMF y un nuevo ámbito de decisión pública, en el que se decida la lógica que gobernará el sistema económico.

El *premercado* sería el ámbito de decisión pública en el cual se establecerían los criterios para la concesión del crédito, y qué proyectos se financiarían. Es decir, qué perfil debe cumplir quien pretenda obtener crédito, hasta qué cuantía lo obtendrá, con qué condiciones, y qué características tendrían que cumplir los bienes y servicios producidos y los métodos de producción utilizados. También se examinaría la viabilidad de los planes de negocio presentados. Además se decidirían con qué otras economías y en qué productos deseamos competir.

El nuevo SMF necesita prescindir del tipo de interés y, para poder disponer de un nuevo mecanismo de transmisión monetaria, necesitamos la riqueza informativa que nos proporciona el dinero digital. El nombre de este nuevo SMF es *R-economía*<sup>9</sup> y aporta otros instrumentos adicionales. En él habría también un *stock* virtual de bienes y servicios. Todas las transacciones serían reales, responderían a una compra-venta de bienes y servicios para que la formación de precios esté libre de ilusiones monetarias. El dinero, el crédito y el *stock* virtual de bienes y servicios se gestionarían dentro del mismo sistema informático.

---

<sup>9</sup> La *R* de *R-economía* responde a: Real, Registrada y Responsable. S. Martín Belmonte, «Nada está perdido. Un sistema monetario y financiero alternativo y sano», Icaria, 2012.

En este sistema, la creación monetaria sería como préstamo, pero sin interés. Sólo se financiaría la economía productiva, en ningún caso la especulativa. El conjunto de las empresas productivas y las Administraciones Públicas serían los emisores monetarios. El dinero se pondría en circulación gastándolo (en insumos productivos, en contrataciones de mano de obra, en pagos de beneficios o contribuciones públicas, etc.). Sería como si las empresas y las Administraciones Públicas tuvieran una línea de crédito y al emitir pagos se endeudasen (con una deuda exigible) y creasen el dinero, poniéndolo en manos del público mediante sus contrataciones. El público después gastaría ese dinero en los bienes y servicios que producen las empresas y en los servicios de las Administraciones Públicas. Ahí se acabaría el ciclo del dinero. El dinero desaparecería por compensación de saldos (pasivo de la empresa contra el activo que es el dinero en manos del público).

Es decir, la posesión de dinero implicaría libertad total para gastarlo, porque se trata de dinero ganado, mientras que el crédito estaría sometido a condiciones, pues el crédito daría forma a la confianza de que habrá una entrega futura de un producto. El empresario, para poder ser dotado de crédito, tendría que dar de alta allí los productos que pondrá en el mercado (por unidad de tiempo). Los productos, al ser vendidos al usuario final, serán dados de baja de este registro. En la operación de venta se registrarán los productos también, igual que ocurre ya en numerosos comercios en los que el resguardo de caja registra los datos de los bienes adquiridos y los de la tarjeta con la que se abonan. De esta forma, este SMF sería un contable social<sup>10</sup> que velaría por el cumplimiento de la misión por la cual el empresario fue dotado de crédito.

En las transacciones entre distintas economías. Las condiciones de la competencia se elegirían en el *premercado*. Esta competencia se habilitaría activando la convertibilidad de una moneda con otra para una serie de bienes y servicios, o para todos ellos. Detrás habría un crédito mutuo acordado entre las distintas economías, que permitiría la compra o venta de esos bienes y servicios de los miembros de una economía a los de la otra y viceversa. El tipo de cambio resultaría de hacer el balance de transacciones reales en ambos sentidos y sería el que hiciese que se igualaran ambos saldos, para compensarse. Se trataría de tipos de cambio reales. Además de los acuerdos bilaterales entre dos economías, podría usarse una unidad de cuenta que sirviera a todo un bloque económico, o incluso a todo el mundo, para articular estos intercambios.

## Implicaciones

1. Los mercados de capitales no serían ya necesarios.
2. Dinero virtual. Todo se pagaría con tarjetas de débito u otros medios telemáticos. El dinero

---

<sup>10</sup> El concepto de “contable social” fue definido por Schumpeter como misión que debería cumplir la banca. Mesori 2009.

se manejaría con transacciones reales. No habría pagos, solo compras, ni cobros, sólo ventas.

El dinero desaparecería en el momento de la venta en el consumo final por compensación de saldos, para volver a crearse con el nacimiento de las nuevas necesidades.

3. Dinero con respaldo real. Esta nueva unidad monetaria estaría respaldada por todos los bienes y servicios que están en planificación, producción o distribución, a la espera de ser vendidos, que están registrados en el *stock* virtual de bienes y servicios.
4. Sin pasivos no exigibles. En este SMF sólo habría un tipo de deuda, y sería exigible, aunque pueda haber periodos de carencia si son necesarios para la producción. Esa deuda estaría constituida por obligaciones de las empresas y Administraciones Públicas nominadas en bienes y servicios futuros.
5. No habría imperativo de crecimiento alguno. La deuda financiera sería exactamente igual que el dinero en circulación. La economía podría crecer o no, dependiendo de las necesidades.
6. Crédito gratuito y control social del crédito. Los productores de bienes y servicios obtendrían crédito gratuito, pero de acuerdo a los criterios que se hubieran definido en el *pre-mercado*. Sería como sentar, virtualmente, a la ciudadanía en los consejos de administración de todas las empresas, pues las empresas responden ante sus financiadores.
7. Política económica. La *R-economía*, además de un SMF, sería un sistema de contabilidad nacional. Nos daría valores teóricos de: ventas de bienes y servicios, precios o velocidad de circulación del dinero por unidad de tiempo y también nos daría los valores reales, que quedarían registrados en las transacciones efectuadas. La transparencia del sistema, en lo que se refiere a estos agregados económicos, haría que los agentes pudieran tomar mejor sus decisiones. Sería una economía de iniciativa privada pero de planificación colaborativa.

## Puesta en práctica de la R-economía

El que este nuevo modelo entre en funcionamiento depende de que haya personas dispuestas a participar en él y que la política facilite el marco adecuado, eliminando los impedimentos legales para hacerlo posible. Las condiciones tecnológicas del dinero hoy día permiten que este nuevo SMF se pueda poner en marcha a través de Internet, impulsado por la iniciativa ciudadana. Esta propuesta no tiene por qué ser la única alternativa factible, pero sea cual sea la alternativa elegida, la lógica del capital financiero actual es la dominación que sufrimos. De un modo u otro, el reto más importante de la política es dejarnos salir de esa lógica, dejarnos escribir este capítulo que está ausente de nuestro contrato social.